

DERROTA, ÉXODO Y DISPERSIÓN DE LOS COMUNISTAS ESPAÑOLES

Felipe Nieto

CIHDE-UNED

El final de la Guerra Civil y el hundimiento de la República supusieron la salida masiva de España de varios cientos de miles de españoles. En este artículo tratamos de seguir los movimientos de una parte de ellos, los comunistas, de sus dirigentes especialmente, desde que abandonan España y se dispersan por diferentes lugares de emigración, por Francia y la Unión Soviética en los primeros meses; por América, a finales del año. En esos intensos y difíciles nueve meses, con miles de españoles encerrados en campos de concentración y un destino precario ante sí, los dirigentes comunistas dan comienzo a la revisión de su pasada política en la guerra y hacen planes para la que han calculado breve etapa del exilio. Ambas tareas, insuficientemente desarrolladas, se verán sobrepasadas por el desencadenamiento de una nueva guerra, ésta de dimensiones mundiales.

EL FINAL DE LA GUERRA Y EL ABANDONO DE ESPAÑA

Comienza el año 1939. La guerra civil española se acerca a su fase final. Muchos lo presentían, algunos lo daban por hecho: el final de las fuerzas republicanas parecía inminente, especialmente desde la derrota en la batalla del Ebro. La caída de lo que quedaba de la República, según esas previsiones, sería cuestión de unos meses. A los republicanos que de tal modo veían las cosas, fueran militares o civiles, ahora como antaño, el Partido Comunista los tenía situados en su punto de mira, considerados pesimistas y derrotistas peligrosos. Los militantes y dirigentes del Partido Comunista de España, PCE, se consideraban los campeones de la resistencia, así lo repetía machaconamente su propaganda. Sosteniendo y apoyando al gobierno Negrín, con el control de centros fundamentales del aparato del Estado, civil y militar, los comunistas eran ciertamente el alma de la resistencia republicana a ultranza, enemigos de cualquier forma de negociación considerada por ellos una capitulación. De ahí su

búsqueda frenética de nuevas propuestas, de planes de reorganización de fuerzas y de consignas movilizadoras, al objeto de ganar tiempo, en espera de ayudas exteriores y con la voluntad firme de sólo ceder terreno al más alto precio.¹

La realidad de la guerra, sin embargo, seguía su curso, confirmando los designios pesimistas para las fuerzas republicanas. El primer desmentido a la política comunista vendría al comienzo de la campaña de Cataluña. Todas las órdenes de resistencia a muerte se derrumbaban ante el avance continuo del ejército franquista. Santiago Carrillo, dirigente político comunista de la organización de las Juventudes Socialistas Unificadas, JSU, presente en Barcelona hasta el final y Manuel Tagüeña, militar comunista, jefe de lo que restaba del XV cuerpo del Ejército, cada uno desde su atalaya profesional y política, dan cuenta de la dificultad, cuando no de la imposibilidad de hacer cumplir órdenes, primero de mantenimiento de las posiciones, después de proceder con orden a la retirada. Se llega al abandono definitivo de Barcelona el 26 de enero. En los quince días posteriores, la República pierde el resto de Cataluña. Precedidos por el presidente de la República, por el Gobierno, con su presidente a la cabeza, y por el resto de las autoridades del Estado –la representación de los tres poderes del Estado, en suma, un caso único en la historia de España–, hombres y mujeres desesperanzados, personal civil y militar, comienzan una retirada que se convierte en huida en masa del país, en busca de un refugio seguro del otro lado de la frontera.²

Mientras la oleada de refugiados inunda por el sur el territorio francés, forzadas sus autoridades a abrir las compuertas, y busca cobijo a la desesperada, las autoridades republicanas se dividen en direcciones diferentes: la mayoría, siguiendo al presidente de la República, Manuel Azaña, y al presidente de las Cortes, Diego Martínez Barrio, se instala temporalmente en París. También el jefe del ejército republicano, el general Rojo, decide permanecer en Francia. El jefe de Gobierno, por su parte, acompañado de alguno de los ministros de su gabinete y espoleado por los dirigentes comunistas, se apresura a tomar el avión en Toulouse y a volver a la zona centro-sur española, aún en manos de la República. En etapas sucesivas lo harán los mandos militares comunistas, los generales Hidalgo de Cisneros y Antonio Cordón y los jefes Modesto, Líster y Tagüeña, entre otros. Con ellos viajaba Palmiro Togliatti, conocido como «Ercoli» o «Alfredo» entre los comunistas españoles, representante de la Internacional Comunista en el PCE, y, en realidad, el dirigente máximo del partido en aquellos momentos.

Muchos dirigentes políticos comunistas, con excusas o razones diferentes –la principal, haberlo dispuesto así la Komintern– permanecen en Francia, definitivamente instalados en la emigración, como llamaban y llamarían durante años a su exilio y residencia forzosa fuera de España. Éste fue el caso de Antonio Mije, Francisco Antón, Cabo Giorla, Santiago Carrillo o Santiago Álvarez, por citar a algunos de los más importantes.³

Pocos días después, en una reunión en Toulouse, algunos de estos cuadros –Mije, Giorla, Manso, Antón y Luis (¿Delage?)– miembros del Buró Político del partido, BP, acuerdan organizar la acción política en Francia, distribuidos en tres sedes, París, Toulouse y Perpiñán. Deciden que se enviará la mayor cantidad posible de cuadros militares a la «Zona central» y que empezarán a desarrollar medidas de propaganda y ayuda a los internados en los campos de concentración. Se proponen estrechar la colaboración con el Partido Comunista Francés, PCF, para seguir contando con su ayuda y protección. Mije informa de su encuentro «con el CC del PC de Francia en el que se tomaron muy buenos acuerdos para ayudar al Partido Comunista de España...». Esta tónica de cooperación y apoyo se mantendrá constante. Será decisiva para el desarrollo de la actividad de los comunistas en Francia durante estos primeros tiempos difíciles.⁴

Diseminados por toda la zona republicana los poderes y las fuerzas políticas, con el Gobierno, sus asesores y algunos diputados, la mayoría comunistas, se vive unos días de calma tensa, sin iniciativas decisivas en lo que respecta a la guerra. Por Madrid circulan rumores de conspiración. Dado que no son tomados suficientemente en consideración, no se adoptan medidas en un PCE siempre atento y vigilante a este tipo de amenazas. La noche del 5 de marzo se produjo la insurrección del coronel Casado. El PCE no dio orden de resistencia o de lucha contra la constituida Junta, ni siquiera cuando ésta se apresuró a proclamar su no acatamiento a la autoridad del gobierno Negrín y a declarar su voluntad de abrir vías de negociación con el gobierno de Burgos. El reconocimiento de este gobierno unos días antes por Francia e Inglaterra había originado la renuncia del presidente de la República, Manuel Azaña, presentada ante el presidente de la Cortes, Diego Martínez Barrio, el 27 de febrero.

La parálisis política dominó al gobierno republicano y a sus apoyos comunistas.⁵ Cuando Negrín comprobó que Casado se negaba a acatar sus órdenes, reunido con su Gobierno en una prolongada sesión el día 6 de marzo, acordó la salida de España del Gobierno, de sus consejeros civiles y militares y recomendó a los dirigentes del PCE que se hallaban en las proximidades que adoptaran igual decisión. El jefe del Ejército del Aire, general Cisneros, se encargó de los preparativos de salida desarrollados en el aeródromo de Monóvar, Alicante.

Según el minucioso informe de sus últimos días del mes de marzo en España, redactado por el Secretario de Organización del PCE, Pedro Checa, meses después, los miembros del Gobierno, con su presidente a la cabeza, al anunciar su decisión de partir de España «dan la impresión de estar descompuestos». No obstante, mientras se llevaba a cabo la preparación de los aviones, el presidente Negrín tuvo la deferencia de acercarse a la plana mayor del PCE, reunida para la toma de similares decisiones. Antes de irse, se despidió de todos lacónicamente: «Señores, yo no puedo continuar aquí ni un minuto más, porque si no me detienen. Creo

que todos deben hacer lo mismo y salir». ⁶ El avión presidencial y su séquito volaron hacia Toulouse.

También el BP del PCE se disponía a poner en práctica las recomendaciones de Negrín. Ese mismo día, horas antes, había partido desde el mismo aeródromo con destino a Orán el avión que llevaba a Dolores Ibárruri, acompañada del diputado francés Jean Cattelas, de Jesús Monzón y del dirigente de la Internacional Comunista Stepanov, conocido en España como Antonio Moreno. En otros aviones y en días sucesivos viajarían con el mismo rumbo el recién ascendido a general Antonio Cerdán, el poeta Rafael Alberti y su esposa María Teresa León, Irene Falcón, Romero Marín, etc. ⁷

En la reunión del BP de ese mismo día 6, la última en tierra española, reunión ampliada porque, además de Togliatti, asisten jefes militares y otras personas ajenas al mismo, se toman tres acuerdos:

- 1.º Rechazar la Junta de Casado.
- 2.º Preparar la evacuación de camaradas.
- 3.º Establecer una red de trabajo ilegal en el país.

Se decide que ejecuten estos acuerdos Checa, Togliatti y Claudín. En la madrugada del día 7 despegan de nuevo del aeródromo de Monóvar hacia Francia sendos aviones con la mayoría de los dirigentes comunistas, civiles y militares, como Uribe, Delicado, Hidalgo de Cisneros, Modesto, Líster y Tagüeña. Un tercer avión saldría rumbo a Orán. ⁸

Los tres dirigentes comisionados para culminar la retirada, a los que días más tarde se sumaría Jesús Hernández, procedente de la zona de Madrid y escapado de la persecución de los «casadistas», Cuerpo de Carabineros y Guardias de Asalto en especial, tratan de cumplir la misión de sentar las bases para una futura resistencia interior: envió de delegados a las provincias y preparativos de evacuación de políticos. Se propusieron igualmente desarrollar una campaña de agitación sencilla explicando, entre otras cosas, «quiénes son los comunistas», y «quién se ha sublevado», pero se rechazó otra consigna considerada excesiva, «Casado se ha sublevado como Franco». Se constituyó una nueva organización con Larrañaga al frente de un grupo formado por seis cuadros intermedios más, militantes que de momento no serían evacuados. Se acabaron imprimiendo y distribuyendo ejemplares con estas decisiones y consignas en cifras que se hace difícil creer, 100.000 en Levante y en Valencia, y superiores aún en Madrid.

Más cierto es que su seguridad peligraba y que su misión era prácticamente imposible, con las comunicaciones telegráficas y terrestres interceptadas. Acordaron el abandono de España. Los cuatro dirigentes llegan a Cartagena, toman por la fuerza los aviones disponibles, «saliendo de España la madrugada del 24 de marzo por el aeródromo de Totana (Murcia)». Acompañaron a Checa, Togliatti, Clau-

dín y Hernández en su vuelo a Orán, otros miembros del Comité Central como José Antonio Uribes, Federico Melchor, Palau, Diéguez y Zapiráin.⁹

En el mes final de la guerra no hubo, por tanto, la resistencia encarnizada hasta el final de que el PCE habló en sus publicaciones propagandísticas desde el exilio. El PCE hubo de constatar más bien el derrumbamiento del ejército y de las instituciones republicanas, forzosamente aceptado porque carecía de condiciones para detenerlo, como aseveraban sus mismos jefes militares y afectado por la «descomposición» general en el mismo grado que el resto de las fuerzas políticas. Lo que sí quedó de manifiesto y sería reconocido al poco tiempo por el propio partido, fue la incapacidad de pensar y dejar establecida en el interior algo más que una rudimentaria y voluntariosa red de resistencia al nuevo régimen de dictadura y terror que se implantaba en España.

ÉXODO

Desde el comienzo del hundimiento final de la República, con la pérdida de Cataluña como hecho más doloroso, había empezado, como ya se ha señalado, un éxodo terrestre de dimensiones desconocidas hasta entonces en el que se vieron inmersas gentes de toda edad y condición. Por la fuerza de su número y por la necesidad que los empujaba, amenazaban con inundar Francia, su región sudeste en especial. Hasta 430.000 refugiados, derrotados material y moralmente, se calcula que cruzaron la frontera franco-española hacia un destino cargado de incertidumbre.¹⁰

Acogidos con temor y desprecio, rechazados por una mayoría de la sociedad francesa y con la vigilancia represiva del gobierno derechista de Daladier, que veía en los españoles una perturbación causada por una multitud de rojos e indeseables, la gran mayoría de los españoles huidos de su país fue encerrada en unos campos de concentración —ésa es su exacta denominación— improvisados en las arenas frías de las playas del Rosellón y zonas aledañas francesas. Argèles-sur-Mer, Saint-Cyprien, Barcarès y otros muchos lugares de nombres ignominiosos desde entonces, bajo vigilancia de los gendarmes hostiles, franceses o senegaleses, se convirtieron en territorio de refugio, cautiverio en realidad, con condiciones físicas y morales inhumanas. Unos 275.000 españoles se hallaban concentrados en estos campos a mediados de febrero.¹¹ Los tres campos citados «acogieron» a unos 180.000 hombres, porque las mujeres y los niños, junto con ancianos en algunos casos, eran albergados en otros lugares en condiciones más favorables. El maltrato dispensado a los republicanos españoles y las duras condiciones de los campos —se ha calculado en más de 10.000 el número de muertos—¹² no son generalizables, evidentemente, a toda la sociedad francesa ni a sus instituciones políticas. Hubo excepcionales grupos, asociaciones y partidos, de la izquierda principalmente, so-

lidarios y dispuestos a exigir un trato humanitario para los refugiados. Ello se fue percibiendo con el paso del tiempo, a medida que los campos se despoblaban y sus instalaciones se mejoraban. En todo caso, en lo que se refiere al derecho de asilo, como dijo Patrik Weil, «el principal test de la distancia entre la teoría y la práctica es la acogida de los refugiados españoles».¹³

EL PCE EN FRANCIA: DOS EXILIOS EN UN MISMO PARTIDO

Hubo una minoría de comunistas que consiguió librarse de la suerte de los campos de concentración, sea porque nunca llegó a entrar en ellos, sea porque los miembros de este afortunado y reducido círculo consiguieron mostrar habilidades con que merecieron su redención. Quien dispusiera de «papeles» en regla de mediana calidad, falsos o no, gozaría de una relativa libertad de movimientos e instalación. El dinero disponible, escaso en aquellas circunstancias, facilitaba tanto la documentación como la instalación segura ante la autoridad vigilante. Quienes no disponían de ninguna de estas condiciones eran la materia objetiva apta para el control y el confinamiento.

La mejor vía alternativa para evitar el confinamiento en los campos fue, desde el principio, la pertenencia a la jerarquía política. Al margen de los dirigentes políticos de los partidos del Frente Popular, de los miembros de los gobiernos y de los diputados que gozaban de una situación de tolerancia para su establecimiento en Francia prácticamente legal, es de señalar cómo los cuadros políticos y militares de primer y segundo nivel de un partido como el comunista pudieron moverse en la incierta geografía política francesa con relativa facilidad y lograron con éxito escapar al destino común.¹⁴

Un documento interno del partido recoge en una doble lista los nombres de los cuadros comunistas en Francia. En la primera aparecen 71 nombres de dirigentes políticos y en la segunda 28 militares, algunos incluidos en la primera. Debe de ser de fecha muy próxima al final de la Guerra Civil porque no figuran en ella el secretario de organización, Pedro Checa, así como tampoco Jesús Hernández o Fernando Claudín, es decir, los dirigentes que salieron los últimos días de marzo hacia el norte de África. Del BP se citan 10 miembros, encabezados por Dolores Ibárruri, quien, en ausencia de José Díaz, ya ocupaba el lugar preeminente en la jerarquía del partido. Antonio Mije figura como delegado del BP en París, Joan Comorera como secretario general del PSUC y Santiago Carrillo como secretario de la JSU. En este documento están algunos nombres llamativos, como el de Margarita Nelken, «diputado en Cortes», Irene Falcón «secretaria de D. Ibárruri», militantes colaboradores del Comité Central, en la UGT o en organizaciones femeninas (hay 13 mujeres en total, incluida *Pasionaria*). Varios de los recogidos en este elenco han pasado por los campos de refugiados; algunos, como Felipe M. Arconada o José Silva, siguen en ellos «realizando trabajo político».¹⁵

Para toda la actividad de los comunistas españoles la colaboración del partido hermano, el PCF, fue definitiva. A través de la extensa red comunista francesa, los dirigentes españoles obtenían documentación, residencias seguras, contactos humanos, protección y, claro está, ayuda económica. Todo ello en proporción suficiente como para asegurar y garantizar una supervivencia en la que cupiera el desarrollo de la actividad política. Por encima de ambos partidos, en el control y en la toma de decisiones, estaba la Internacional Comunista, una organización opaca que se hacía presente sin embargo en los momentos decisivos, transmitiendo órdenes, disponiendo movimientos y aportando los recursos necesarios. Pocas veces es citada, pero los militantes españoles o franceses sabían de su presencia, bien para marcar un nuevo rumbo político, como el que resultó de la firma del pacto germano-soviético, transmitido como un ultimátum por el dirigente de las Juventudes Comunistas y como tal representante en la Internacional, Raymond Guyot, bien para cambiar de improviso una orden previa, como le sucedió a Carrillo en septiembre de 1939: cuando esperaba plácidamente en Bruselas su embarque hacia Chile alguien, «desde allí donde se resolvían las cosas importantes», dice elíptica pero expresivamente Claudín, decidió se trasladara a Rusia, nada menos que a través de la Alemania en guerra, aliada a la sazón de la URSS.¹⁶

La dirección comunista quedó repartida entre Francia y la URSS, a la espera de las decisiones emanadas «desde allí donde...». La pequeña maquinaria se pone lentamente en marcha para afrontar, unánimemente unida, los retos que la nueva situación plantea. No hay que olvidar que los restantes partidos republicanos atravesaban idénticas dificultades planteadas por el exilio y sus resultados distan mucho de ser ejemplares. Los comunistas, por su parte, se mantuvieron férreamente unidos, su disciplina militante no se resquebrajó y, lo que es más importante, desplegaron por unos meses un activismo en varios de sus frentes abiertos, superior al del resto de las formaciones republicanas.

Instalada en París, según acordaron los reunidos en Toulouse en febrero, la dirección comunista puede relacionarse con el PCF, con los delegados de la Internacional y con los partidos y las instituciones republicanas, especialmente con la Diputación Permanente de las Cortes, máxima autoridad del estado republicano después de la dimisión del presidente de la República.

En las reuniones de que se tiene constancia¹⁷ la dirección del PCE tiene que organizar los diversos frentes abiertos; la actividad institucional y la postura ante el gobierno republicano que sigue presidido por Negrín, la situación de los españoles emigrados, los que están internados en los campos y los que pueden «reemigrar» a la URSS o a América y, en este contexto, la participación de los comunistas en el organismo de ayuda a refugiados, el SERE, creado por el gobierno Negrín. Un último frente de atención especial, más difícil que los anteriores, era el de organizar la resistencia en el interior de España contra el régimen de dictadura fascista.¹⁸ Y

en relación con todo ello estaba la cuestión del análisis de la actuación del partido al final de la Guerra Civil, en especial de la política adoptada ante la Junta de Defensa de Casado, cosa que se abordaría posteriormente en Moscú en las reuniones con la plana mayor de la Internacional.¹⁹

EL PCE Y LOS CAMPOS DE REFUGIADOS

El internamiento de comunistas en los campos —en cifras estimadas en unos 10.358, en agosto de 1939, sobre un total de 112.650 refugiados—²⁰ suscitó en la dirección la necesidad de dedicarles una atención muy especial, tanto por la situación de privaciones y sufrimientos que padecían, como por tratarse de un gran potencial político al que era necesario atender y orientar para evitar los peligros del abandono, el derrotismo o la crítica. Desde la reunión de febrero en Toulouse se había decidido que Francisco Antón atendiera a los concentrados, en especial a las «unidades militares». En estas tareas le acompañará Luís Delage más adelante. Federico Melchor, por su parte, atendía, desde París y viajando a los campos, a los jóvenes afiliados a la JSU.²¹ La dirección del PCE se propone «acabar con los campos» y facilitar en lo posible la salida hacia América. Algunos pocos efectivamente son rescatados para ser enviados a la URSS.²² No dejan de observarse deficiencias, desconocimiento exacto de los militantes y otras circunstancias que hacían más difícil la relación política. Cerca de los campos, con internadas y escapadas intermitentes, había otros activistas de rango inferior. Son los casos de Jaime Nieto, miembro suplente del CC que atendía al campo de Barcarès²³ o el caso ya citado de Felipe Muñoz Arconada. Para toda la actividad relacionada con los campos, el apoyo del PCF fue fundamental. Los dirigentes españoles exigían explícitamente su apoyo.

Las actividades desarrolladas por el PCE o el PSUC fueron abundantes a pesar de la vigilancia y de la prohibición del Gobierno francés de realizar actividades políticas a los refugiados extranjeros. En los campos se organizaban reuniones, charlas de formación, se realizaban actos de solidaridad y apoyo —búsqueda de familiares, contactos— y se preparaban tareas conspirativas hacia España. También se distribuían alimentos, medicinas y ocasionalmente ayuda económica a cuadros políticos procedente del Socorro Rojo Internacional, según demandas a esta institución que constan en los informes.

Una labor fundamental fue la de la propaganda. El PCE pensó enseguida en difundir de una forma eficaz su doctrina entre aquella masa de militantes agrupada forzosamente. Los informes hablan de la edición y distribución de una Historia del PC Ruso (b), de octavillas y de hojas informativas. Pronto se proponen crear y difundir su propia prensa entre los campos. Al principio se distribuía *L'Humanité*; después, los comunistas catalanes crearon su periódico *Treball*, del que sólo pu-

dieron difundir siete números antes de su prohibición. El PCE sacó una efímera revista, *España*, pero apoyaba y utilizaba como propia, bajo cobertura de la *Federation des Inmigrés Espagnols en France*, su órgano, *Voz de los españoles*, donde escribían los más altos dirigentes del Partido.²⁴

El PCE quiere estrechar su colaboración con el PCF y los sindicatos franceses para abrir vías de trabajo en la industria y en el campo francés a los refugiados españoles. «Nuestros partidos deben seguir con atención el movimiento de dislocación de los campos y la diseminación de familiares para estar en contacto con todos los grupos por pequeños que sean y en el país que sea, tener una organización en cada uno de ellos y mantener vivo su entusiasmo antifascista y su participación activa en la lucha por la reconquista de la República».²⁵ Protección y control sería, en resumen, la política comunista hacia su militancia concentrada en los campos.

El incesante activismo comunista no dejaba de suscitar recelos en los refugiados no comunistas y en sus organizaciones. Los enfrentamientos se exacerbaban y acabaron en violentas discusiones, sobre todo a partir de la firma del pacto germano-soviético, como atestigua, entre otros, Eulalio Ferrer. Por lo demás, los comunistas contribuyeron al desarrollo del clima de enfrentamiento entre las fuerzas políticas españolas al poner en marcha campañas de denuncia y persecución de los que llegaron a considerar durante mucho tiempo sus peores enemigos, socialistas, anarquistas y trotskistas, responsables, según el PCE, de la derrota de la República. Dejando de lado todas estas consideraciones críticas, se puede aceptar que el balance de la actuación de los comunistas en los campos «les es muy favorable», como reconoce un estudio por otra parte muy crítico con otras posiciones de este partido.²⁶

En el momento álgido de los enfrenamientos por el pacto de 1939 los comunistas reaccionaban por boca de Antonio Mije con su artillería retórica del más grueso calibre contra el Gobierno y los partidos franceses, acusándoles de ser los responsables de los campos y de su larga pervivencia. También formulan acusaciones al gobierno francés por supuestas presiones a los refugiados para volver a España, por permitir su explotación laboral o por obligarlos a alistarse en la Legión Extranjera. Finalmente denuncian la persecución de los comunistas y las dificultades que encuentra el SERE para desarrollar su labor. Mije pide la solidaridad de América con los refugiados de Europa y el cierre de los campos.²⁷

EL PCE FRENTE A LAS INSTITUCIONES Y ORGANIZACIONES REPUBLICANAS

El Partido Comunista continuó, a partir de la instalación en el exilio, la estrecha relación con el presidente Negrín que venía de los tiempos de la guerra y lo apoyó en las reuniones de la Diputación Permanente celebradas en París desde mediados de marzo por boca de sus representantes Ibárruri y Mije. Frente

a la mayoría de los diputados que cuestionaba la persistencia del Gobierno Negrín, incluso la existencia misma de la Diputación, con un estado sin territorio y sin presidente, los representantes comunistas, después de exigir la condena de los «traidores», Casado y los suyos, apoyaron la continuidad del Gobierno Negrín.²⁸

En cuanto al Frente Popular, en los primeros meses del exilio el PCE apoyó su continuidad y el trabajo conjunto con las restantes fuerzas republicanas. Pasados unos meses, tal vez por influjo de la Internacional Comunista y de su representante en el PCE en la última etapa de la guerra, empezó a sugerir la necesidad de una ampliación de la base de esa coalición. Se sugirió la creación de una Alianza Nacional –así se propuso formalmente antes por el PSUC para Cataluña– y hasta una Unión Nacional. Naturalmente, los vientos del Este que ya soplaban desde Moscú antes de agosto se llevarían, durante un par de años al menos, propuestas de colaboración tan amplias.

La colaboración con el gobierno Negrín se desarrolló sobre todo a través del Servicio de Evacuación –más tarde Emigración– de Refugiados Españoles, SERE, puesto en marcha a partir de febrero de 1939. Radicado en París y con una amplia organización burocrática que presidía el diplomático Pablo de Azcárate, con representación de todos los partidos, desarrolló su trabajo a favor de los republicanos empleando unos fondos sacados por el Gobierno cuya cuantía real se desconoce. Ayudó a importantes colectivos de emigrados, a militares internados en los campos –E. Ferrer, con el grado de capitán, recuerda una entrega de 500 francos. Su labor fundamental fue la organización de los transportes marítimos a los países americanos de habla hispana, México, Cuba, Chile, Santo Domingo y otros, en colaboración con las autoridades de esos países, especialmente las de México, cuyo gobierno tuteló el Servicio. Desde el pionero flete del *Flandre*, pasando por los más conocidos, *Sinaia*, *Ipanema* y *Mexique*, hasta los últimos a Santo Domingo, como el *Cuba*, que zarpó en junio de 1940,²⁹ por cuenta del SERE llegarían a América 7.397 españoles a México (hasta agosto de 1939), 3.132 a Santo Domingo y 2.200 a Chile.³⁰

El SERE ha recibido críticas desde su puesta en marcha. Las más importantes atañen al criterio selectivo imperante en su labor de ayuda a los refugiados, en virtud del cual se privilegió a un tipo de personas y categorías profesionales, lo que se verá en los componentes de las expediciones a América. Se ha destacado igualmente el excesivo peso que ejercía el PCE sobre el SERE. Muchos de los cargos directivos estaban en manos de miembros de este partido o próximos a él. En primer lugar, el presidente Azcárate, padre de un destacado dirigente comunista juvenil, Manuel Azcárate, emigrado de España en el avión de Negrín y que frecuentaba por aquel tiempo las oficinas donde trabajaba su padre.³¹ El representante comunista en el SERE era A. Mije. José Moix, dirigente del PSUC, representaba a los comunistas españoles en el segundo organismo ejecutivo del SERE, la Ponencia, que tenía a Negrín por presidente. Además el PCE contaba en la secretaría con un

hombre próximo, Mantecón, y en la administración con los militantes José Frade y José María Rancaño,³² este último yerno de Pablo Azcárate.

Esto no obstante, el PCE denunció de forma continuada el funcionamiento «burocrático» del SERE. A su juicio, las fichas de los candidatos a viajar, «llenas de datos preciosos para los agentes fascistas», robadas, han llegado «a poder de Franco». Tampoco acepta el PCE las condiciones puestas por el gobierno de México, porque facilita la salida de quienes el PCE considera enemigos peligrosos, «socialistas, anarquistas y republicanos» todos denominados una vez más «traidores», cómplices de Casado.

Proponen los comunistas una «depuración y reorganización del SERE» cuya finalidad principal debería ser la ayuda a los campos y a las familias, en principio para que permanezcan en Francia. La acusación principal del PCE al gobierno Negrín, y por tanto al SERE, es su abandono de los españoles refugiados en los campos. Una labor, es de entender, que el PCE querría ver incrementada, si bien con su control.³³ Comentarios críticos similares ofrece Pedro Checa en otro informe del mismo mes. Más adelante, en una carta a José Díaz desde París, Checa, de vuelta de Moscú, informa al Secretario General de la situación del Partido con acentos muy críticos para el propio partido y para los demás. En el apartado «Trabajo de los enemigos» expone la actividad de los siempre considerados partidos enemigos, socialistas, anarquistas y el POUM que actúan por muchos países. Este último partido se mueve en los campos de refugiados a sus anchas, mientras los primeros se afanan en su anticomunismo «y Negrín, aprovechando sobre todo las dificultades en la solución del problema de los refugiados y los enchufes e inmoralidades que comete el SERE».³⁴

Igualmente críticos fueron los comunistas catalanes, en su caso porque el PSUC no estaba representado como tal en el SERE. Admitido en la Internacional Comunista, aspiraba a tener representatividad propia en todos los organismos, como partido independiente del PCE. La misma circular advierte de que, mientras el PSUC lucha por la inclusión en el organismo, estudiará con atención las listas de evacuación que prepara el SERE en las que procurará que se establezca un orden de preferencia que sitúe en primer lugar a los jefes militares y comisarios de guerra, y que después de dirigentes comarcales, sindicales y cargos administrativos, entren en octavo lugar los cuadros del PSUC y en noveno los militantes en general.³⁵

Cuando se propuso la creación de un segundo organismo de ayuda a los refugiados, promovido y luego presidido por Indalecio Prieto, la Junta para el Auxilio de los Refugiados Españoles, JARE, los comunistas votaron en contra de su creación en la Diputación Permanente y se abstuvieron de participar en su Junta Directiva. Sería otro motivo más de sus diatribas y ataques a Prieto y a los socialistas. En la *Voz de los Españoles*, Antonio Mije y Félix Montiel publicaron una extensa carta abierta en contra del nuevo organismo aprobado. En su opinión, si

el anterior organismo no funciona correctamente, la solución no consiste en crear uno nuevo sino en reformar el antiguo.³⁶

REGRESANDO A LA PATRIA DEL SOCIALISMO Y DE LA III INTERNACIONAL

El primer lugar de destino de los dirigentes comunistas expatriados había de ser Moscú, «la casa» en la jerga kominterniana. Había que rendir cuentas de la actividad del partido y del desenlace de la guerra ante los dirigentes internacionales y ante los del Partido Comunista. José Díaz, secretario general del PCE, residente en Moscú desde meses atrás, para ser tratado de su grave enfermedad, debía ser el primero en conocer el desarrollo de los últimos acontecimientos en España, seguidos con ansiedad, pero sin información suficiente.

Así pues, una vez que terminaron las sesiones de la Diputación Permanente de las Cortes republicanas en París, los dirigentes comunistas, miembros del BP, empezaron a desplazarse hacia Rusia. En las reuniones de París los miembros del Buró Político en solitario, para fijar las tareas inmediatas encomendadas a cada uno en París, o reunidos con los miembros de la Internacional que les dirigían, como los franceses M. Thorez y A. Marty, junto al siempre primer responsable «Ercoli», van estableciendo los criterios para los desplazamientos a Moscú. Integraron esta primera Comisión, junto a Dolores Ibárruri, el diputado Martínez Cartón (posteriormente reemplazado por F. Antón), los generales Modesto y Líster, A. Mije, S. Carrillo y la secretaria de Ibárruri, Irene Falcón.³⁷

En Francia, asimismo, había que decidir sobre el número y la identidad de los españoles que pudieran desplazarse a la Unión Soviética. Sería el modo de aliviar a algunos de los encerrados en los campos, dotándoles, al mismo tiempo, de unas condiciones más seguras que las que reinaban en Francia para el común de los españoles refugiados. En un informe que se atribuye al Secretario de Organización del Partido, Pedro Checa, se dice que «se han sacado 350 cuadros del Partido para enviarlos a la Unión Soviética». En la planificación del trabajo se afirma, al final del mismo escrito, que «los cuadros militares y políticos más conocidos serán sacados de los campos y en parte enviados a escuelas de la URSS...», mientras que otros quedarán en Francia, para desarrollar su trabajo político con vistas a España y otros, por fin, seleccionados adecuadamente, irán a América.³⁸ Otro informe amplía la oferta de los candidatos a instalarse en la Unión Soviética procedentes de los campos. Recomienda su autor «estudiar la posibilidad de que la URSS, aparte de los cuadros, reciba algunos millares de familias, especialmente campesinas, seleccionadas y controladas por nuestros partidos» (es decir, el PCE y el PSUC).³⁹

Algunos de estos criterios y controles tan estrictos probablemente fueron modificados según iban evolucionando los acontecimientos, en circunstancias de consecuencias no fácilmente previsibles, como el comienzo de la Segunda Guerra

Mundial. Al jefe militar y miembro de la dirección de las JSU, Manuel Tagüeña, instalado desde su llegada de Toulouse con su mujer, Carmen Parga, no lejos de París, le propuso un día de abril Santiago Carrillo que confeccionase una lista de españoles que pudieran seguir en la URSS cursos de capacitación: «Insistió en que redujera las peticiones al mínimo, ya que en Rusia la vida era todavía muy dura y no se podía pensar en mandar cuadros políticos y familiares para una emigración prolongada». A mediados de abril navegan desde El Havre a Leningrado en compañía de jefes militares, como Líster, familias enteras con niños y algunos nombres comunistas relevantes, como el sobrino de José Díaz o Rubén Ruiz, el hijo de *Pasionaria*. Viajaba como Comisario Político de todo el grupo José Sevil. La sorpresa de Tagüeña vendría cuando comprobó, meses después, que iban llegando a Rusia expediciones que rebasaban con creces el cupo que se le había anunciado.⁴⁰ Muchos de ellos procedían del norte de África de donde eran liberados gracias a sus avales políticos y económicos en Francia y en Rusia.⁴¹

Las reuniones de Moscú congregan a los máximos dirigentes del PCE con los de la Internacional Comunista. Por la parte española estaban Díaz, Ibárruri, Hernández, Uribe, Checa, el más tardíamente incorporado, Antón y el secretario general del PSUC Joan Comorera. En ocasiones asistían también algunos militares, expertos en el desarrollo de la guerra, como Modesto y Líster. Representaban al Comité «romano» o latino de la Internacional sus responsables Dimitrov, Manuilski, Togliatti, Stepanov –responsable la organización en España– y el húngaro Geröe. Se trataba de analizar el comportamiento del partido a lo largo de la guerra y de determinar, en consecuencia, las causas de la derrota. La cuestión había sido suscitada por una pregunta en ese sentido de Stalin que había causado la consiguiente inquietud en todos sus subordinados. Fueron meses de discusiones intermitentes sin que se llegara a conclusiones firmes. Al final, en 1940, con asuntos mucho más urgentes entre manos, se cerró la cuestión.⁴²

Los españoles, Checa sobre todo, el más prolífico y analítico de los dirigentes españoles, a juzgar por la gran cantidad de informes que elaboró en estos meses, eran proclives a reconocer algunos errores, en los últimos momentos en especial, cuando no se atrevieron a hacer frente al golpe de Casado. Los dirigentes internacionales, por su parte, eran taxativos. Las causas de la derrota no podían ser sino responsabilidad de los actores, los comunistas españoles, por haber aplicado incorrectamente la estrategia perfectamente establecida desde el Estado Mayor de la revolución que ellos encarnaban. La debilidad del Partido en los momentos finales de la guerra, su confianza excesiva en Negrín y su timidez para ponerse al frente de lo que quedaba de la República, acabaron por convertirse en el diagnóstico–reproche oficial desde el momento en que lo tomó Stalin en sus manos y le hizo ver a Dimitrov la equivocada estrategia seguida por los comunistas españoles desde antes de la caída de Cataluña. Con variaciones, éste sería «el tema central» de todas

las discusiones posteriores. Stepanov asume el diagnóstico de la Internacional, pero salva el espíritu de lucha del PCE, al menos mientras él ha estado a su cabeza en España. Quedaba Togliatti. Su informe, tratando de salvar su propio papel, pondría el acento en el gobierno Negrín, políticamente débil y en la propia debilidad comunista, insuficiente para propiciar un giro político sustancial en aquellos momentos transcendentales del final de la guerra. El PCE fue «el partido de la guerra» y no supo prepararse para ser «el partido de la paz», fue su conclusión.⁴³

Algunos dirigentes comunistas abandonaron Moscú para instalarse de nuevo en Francia. Ése fue el caso de Checa que coincidió en el mismo barco, en distinta clase de pasaje, con Tagüeña, enviado en misión a Francia para asistir al Congreso de la Internacional Juvenil, cuya celebración estaba prevista para finales de julio en Lille. Esa vez viajaron por el Mar Negro y el Mediterráneo hasta Marsella. Precisamente Checa da cuenta a su compañero de viaje de lo discutido en las reuniones con la Internacional de las que, afirma este último, nunca se informó al Partido ni se le dio cuenta de sus conclusiones. La Internacional de la Juventud Socialista aprobó la expulsión de los jóvenes comunistas españoles, a pesar de la defensa denodada de sus posiciones, consideradas incompatibles con los principios de la misma organización.⁴⁴

La amplitud y relativa facilidad con que los comunistas españoles, los cuadros dirigentes al menos, se movían en un mundo difícil y hostil, en el que la mayoría de los españoles republicanos expatriados carecían de estatus legal y de documentos personales es motivo de mención y de examen, aunque sea brevemente. Asunto, por lo demás, opaco por definición, pocos son los datos que se pueden presentar. Hay que concluir, por ello, con el mismo principio que es punto de partida de todos los estudios sobre la cuestión, fue la Internacional Comunista quien proveyó de toda la infraestructura necesaria a los comunistas españoles, con un sigilo y una eficacia profesional de altura, suficiente como para que no se recuerde ningún percance relevante.

En cuanto a la financiación, ese combustible indispensable también para las tareas conspirativas y revolucionarias, como se las llamaba, sólo es posible rastrear en algunos documentos la demanda de fondos a la Internacional para continuar con los planes previstos. Los dirigentes comunistas reconocen en muchas ocasiones que en esta nueva etapa van a tener muchos menos ingresos (los muchos cargos comunistas durante la guerra gozaban de salarios elevados). Por ello están obligados a una época de mayor austeridad y mejor administración. Como sus recursos son escasos, y no siempre disponibles, reclaman «que nuestros partidos (PCE-PSUC) sean ayudados económicamente. Sin esta subvención de dinero, el sostenimiento de los mismos y del resto de sus actividades sería imposible a breve plazo».⁴⁵

El Partido desconoce la cuantía de sus recursos. Debe de hacer un buen estudio y después guardarlo con seguridad. Hasta ahora los diputados vienen cobran-

do unos 1.000 francos, y los ministros 7.500. La recomendación es que a partir de ahora, «sólo para el trabajo del Partido debe utilizarse el fondo del Partido. Lo otro a base del SRI» (Socorro Rojo Internacional).⁴⁶ No debió de haber escasez de recursos durante todo este tiempo. Al final de la guerra, en 1945, Uribe, a punto de trasladarse a Francia, escribe desde México, probablemente a Dolores Ibárruri y le informa de que «a mi disposición existen 70.000 dólares americanos. Considero que este dinero debe estar allí. Espero tu opinión a este respecto e igualmente sobre la forma de mandarlo».⁴⁷ Puede inferirse de toda esta información que la organización comunista, sus dirigentes y sus familias, no pasaron por carencias ni dificultades económicas, ni en su vida personal ni para el desarrollo de sus actividades políticas durante los primeros años del exilio, precisamente los más difíciles para la mayoría.

DESTINO: MÉXICO

Desde la salida de España, y después de la experiencia de las graves dificultades encontradas en Francia, la ilusión de viajar a América e instalarse allí para empezar una nueva vida era el deseo de muchos de los expatriados. Una vez más en la historia de los españoles, América se convirtió en un destino abierto a la realización de todas las posibilidades que en la propia tierra por unas u otras razones les eran negadas.

Los comunistas, reacios en principio a las grandes migraciones de sus militantes y de los españoles en general, fueron aceptando y recibiendo los deseos de salida de Francia de sus militantes, organizados y controlados por los órganos del Partido. Como se ha visto más arriba, en lo que se refiere a la emigración a América, su medio de control fue su amplia presencia en los puntos de decisión y selección de los candidatos al viaje a través del SERE. Por este medio se procedió a una selección rigurosa doble. En primer lugar se asignaban cuotas a los partidos o corrientes ideológicas, concretamente un 55% para el «sector marxista», del PSOE, del PCE o de la UGT.⁴⁸ En segundo lugar los partidos hacían una selección de militantes en sus propias organizaciones, autorizando o denegando el viaje. Habría una tercera selección, ésta en el país de destino, por la que se privilegiaban determinadas organizaciones políticas o se escogía a los individuos por sus capacidades profesionales.

Los criterios con que operó el PCE eran desconocidos para la gran mayoría de miembros del Partido. La dirección se reservaba el derecho de selección y decisión. En concreto, por lo que se refiere a México, los consejos de la dirección abundaban en una serie de medidas de cautela y prevención. Hablando de la «organización del trabajo», la preocupación del Partido era seleccionar de entre los refugiados en los campos a quienes mejor puedan prepararse para trabajar en España. Para ello

algunos seguirán en Francia y otros emigrarán a América Latina, donde, además, podrán ayudar a los comunistas de esos países. «Especialmente a Méjico, será necesario enviar camaradas muy firmes y capaces, ya que es Méjico especialmente el país donde socialistas y anarquistas van a encauzar la emigración de sus cuadros y en donde está Indalecio Prieto y algunos dirigentes anarquistas conocidos. La estancia de Trotski en Méjico y sus posibles relaciones con estos elementos debe servir para que nosotros prestemos especial atención a esta emigración».⁴⁹

Respondía todo esto a una obsesión nacida al final de la guerra y alimentada conscientemente, al menos hasta la entrada de la URSS en la Segunda Guerra Mundial. Desde entonces adquirió carta de naturaleza y se convirtió en fórmula canónica de acusación, repetida con leves matices y variantes. Originada en el fragor de las discusiones moscovitas, cuando era necesario encontrar algún punto de apoyo al que sujetarse para poder desplazar la responsabilidad propia, la tríada de los «troskistas, caballeristas y anaquistas», de la FAI principalmente, se convirtió en el estribillo para el ataque a las llamadas «fuerzas enemigas», no sólo en el pasado sino en el futuro, especialmente en México donde se concentró el núcleo de la emigración política española más importante.⁵⁰

A pesar de todas las cautelas y prevenciones comunistas con México, su sistema de gobierno y la presencia de otros emigrados españoles, gran parte de la dirección del PCE acabó instalándose en ese país americano desde finales del año 1939, constituido en la base principal de su actividad durante los años de la Segunda Guerra Mundial. Como reconocen los documentos del partido, «es el país que ofrece mayores posibilidades».

Hacia México se fletan las primeras grandes expediciones de españoles, aprovechando la oferta generosa del presidente Lázaro Cárdenas. Con la colaboración del SERE y de la delegación mexicana en Francia se organizaron no menos de diez expediciones, la más numerosa la que se embarcó en Burdeos en el *Mexique* y llevó a Veracruz más de 2.000 emigrados españoles. En total, en el año 1939 viajaron a México 7.397 españoles.⁵¹ El día 1 de febrero de 1940 había llegado a México un total de 8.150 españoles en las numerosas expediciones fletadas. De esa cifra se encontraban trabajando 6.853, muchos en empresas creadas por los propios servicios de ayuda a los refugiados dependientes del SERE (CTARE), en tanto que 1.056 estaban sin empleo.⁵²

De todas las expediciones de ese año la que más eco ha dejado, pese a no ser la primera cronológicamente, fue la del buque *Sinaia*, que zarpó del puerto mediterráneo de Sète un 25 de mayo y llegó 18 días más tarde, el 13 de junio, a Veracruz. Fue recibida con una extraordinaria ceremonia de acogida, oficial y popular a la vez, que los españoles que llegaban tan llenos de esperanzas como de incertidumbre nunca olvidarían.⁵³ Durante la travesía, entre otras actividades culturales, los expedicionarios confeccionaron un periódico a bordo, *El Sinaia*, instrumento de

comunicación y difusión de noticias entre los viajeros y vehículo de introducción al país que les acogería en breve. En esta expedición viajaron 933 hombres, 393 mujeres y 253 menores de quince años.⁵⁴ Se ha señalado muchas veces que la selección profesional facilitada por los organizadores de la travesía favorecía a las profesiones liberales y a las del sector terciario respecto a las de los otros sectores. Entre el pasaje del *Sinaia* eran reconocibles algunos escritores y estudiantes comunistas que luego desarrollarían su obra en México, como Pedro Garfías, autor del célebre poema «Entre España y México»,⁵⁵ Juan Rejano o el mismo Sánchez Vázquez.

El 23 de agosto de 1939 la ya tormentosa atmósfera europea se enrareció y estalló cuando se conoció la noticia de la firma del pacto germano-soviético. La incredulidad se apoderó de muchas gentes, incluidos los comunistas no avisados de la preparación de un acuerdo que a todos parecería *contra natura*. De tal modo que los comunistas franceses no se vieron concernidos en los primeros momentos. De hecho, muchos militantes como M. Thorez, estaban alistados en el ejército francés, dispuestos a participar en una guerra contra la Alemania nazi. Hasta que desde el punto en el que «se resolvían las cuestiones importantes», como ya se indicó, se hizo ver a los comunistas, primero a los franceses, después a los españoles, que el pacto firmado por su patria principal, la patria de los trabajadores, les obligaba a abstenerse de tomar parte en una guerra de potencias imperialistas, Francia e Inglaterra contra Alemania. En esa guerra no podía estar implicada la clase obrera mundial, bien defendida y representada por la Unión Soviética, aliada en ese momento de uno de los contendientes.

El Partido Comunista Francés fue declarado ilegal, muchos de sus líderes encarcelados y esa misma suerte corrió el PCE. La situación para los comunistas españoles se hizo mucho más peligrosa. El Gobierno francés decretó su persecución y la policía ejerció una vigilancia que obligó a extremar la seguridad y a limitar los movimientos. Francia se convirtió en una ratonera para los comunistas, sobre todo para los que poseían documentación precaria y no les alcanzaba la protección permanente de los agentes kominternianos. La policía francesa practicaba registros y detenciones.⁵⁶ En los campos de refugiados entraba por sorpresa poniendo en práctica «razzias» de comunistas, acusados y detenidos en razón exclusiva de su militancia. También la convivencia, ya difícil entre las fuerzas de la izquierda española como se ha visto, empeoró y degeneró frecuentemente en actos de violencia.

Así las cosas, la presión para salir de Francia subió hasta límites incontenibles. No sólo los militantes querían salir; ahora también los dirigentes se apresuraban a preparar con rapidez sus viajes haciendo acopio de documentos, visados y pasajes con que alejarse del peligro. En los últimos meses de 1939 y primeros de 1940 huyeron todos los dirigentes importantes del Partido Comunista Español sin apenas reparar en lo que dejaban detrás, sin dejar una mínima estructura encargada de la resistencia, a diferencia de lo que hicieron partidos como el italiano.⁵⁷ Tagüeña,

retenido en París después de su desafortunado paso por Lille, se debatió en mil peripecias para poder volver a la URSS. Logró un pasaje a Nueva York a donde llegó en compañía de Claudín e Irene Falcón. Con esta última llegaría después de un largo y accidentado viaje a la URSS vía Escandinavia.⁵⁸ Mucho más fácil le resultó a Pedro Checa, obsesionado por los visados, según Azcárate, que salió hacia América a la segunda tentativa, y más todavía a Carrillo, provisto de un flamante pasaporte diplomático, aunque su viaje a América se torciera y hubiera de pasar una temporada previa con la Internacional Juvenil Comunista, en su sede central en Moscú. Poco después desaparecieron Uribe y Mije. En un encuentro fugaz en la calle, comunicaron a Azcárate que habían propuesto como responsable principal del Partido en Francia a Carmen de Pedro, una militante de rango menor que no formaba parte de ninguno de los órganos directivos del partido ni tenía experiencia de dirección. La desbandada de los dirigentes, la imprevisión de aquellos sedicentes profesionales de la revolución, no dejó de asombrar a una militancia que no tenía posibilidad de escape. No hubo críticas en el momento pero, como escribe uno de los que tuvieron que quedarse en el sur de Francia «quizá fue después... especialmente tras la liberación, cuando surgió una cierta disconformidad ante tan manifiesta ausencia».⁵⁹ Lo mismo que creyó Azcárate, otro resignado a permanecer en Francia: «...la dirección del PCE, *toda ella* se marchó de Francia... por órdenes de la Internacional Comunista. Fue un abandono vergonzoso, en lo político, incluso en lo personal, de esa masa comunista».⁶⁰

Por un tiempo, Europa occidental deja de ser el territorio principal de la acción política comunista. Al menos para su dirección orgánica. Refugiados y seguros en América, concretamente en México, algunos podrían continuar con el ejercicio de sus obsesiones, como era la persecución del llamado trotskismo. Las relaciones de los comunistas españoles con el homónimo partido mexicano, dice un informe bastante preciso de 1941, de autor desconocido, empeoraron a raíz del asesinato de León Trotski, acaecido el 20 de agosto de 1940 después de un primer intento frustrado. Agentes y militantes de diferentes servicios fueron detenidos, juzgados y condenados. De algunos otros presuntamente implicados corrieron informaciones no plenamente desmentidas. En el informe aludido se comenta la vigilancia de la policía mexicana sobre el PCE a raíz del asesinato del viejo dirigente bolchevique, hasta el punto de tener a todos registrados: «Checa está registrado que trabaja por encargo del GPU, que tiene en sus manos todos los hilos de la conspiración y que vive con otro nombre. Se ha tratado de averiguar de dónde ha sacado la policía esta interpretación, pero sin éxito».⁶¹ Pedro Checa estaba gravemente enfermo y moriría antes de que transcurriera un año, el 6 de agosto de 1942. Aunque nunca llegue a establecerse el grado de implicación de los comunistas españoles en el crimen de Coyoacán, sí parece claro que su subordinación a la Unión Soviética y la sumisión a Stalin mediante la colaboración con los Servicios Secretos Soviéticos,

comenzada durante la Guerra Civil en España, se prolongó hasta México y rindió como fruto uno de los servicios más criminales. Fue un pésimo final para una causa equivocada.

CONCLUSIONES

La trayectoria seguida por el Partido Comunista de España presenta los perfiles borrosos trazados por unos estrategas que, salvo contadas excepciones y en momentos excepcionales que no pudieron salir del estado embrionario, ignoraban los medios y la dirección en que se movían. La improvisación y la desorganización consiguiente fueron la constante. En el interior de la organización predominó el control riguroso de la disciplina militante por encima de la atención a sus extremas necesidades en momentos graves. Se primó la jerarquía, el orden y la disciplina para asegurar y garantizar la cohesión interna y la permanencia de la organización sin pérdida de militantes. De una a otra guerra, de uno a otro caos, los errores de la dirección comunista se repitieron acrecentados en el curso de diez meses.

En el medio del camino apenas hubo examen, no hubo autocríticas, menos aún un balance de responsabilidades. Bastarían unas sanciones disciplinarias menores. La convicción dogmática en la verdad de las posiciones propias y el sectarismo excluyente para atribuir la responsabilidad a las demás fuerzas políticas blindaron la posibilidad de corregir errores para el futuro. La vorágine de un tiempo convulso con nuevos y acuciantes problemas se llevó por delante todo propósito de rectificación a fondo. En poco ayudó la asesoría de la Internacional Comunista pues, si a la postre era la que decidía en primera y en última instancia, no podía recriminarse cosa alguna, menos aún sancionarse a sí misma. Al fin y al cabo una cosa estaba garantizada, la docilidad hasta las últimas consecuencias de los dirigentes comunistas españoles.

NOTAS

- ¹ Tal exceso de optimismo, y su consecuencia, la imprevisión en caso de derrota, han sido reconocidos tiempos después por muchos de los libros de memorias publicados en España desde el final de la dictadura, como los de Santiago Carrillo e Irene Falcón.
- ² CARRILLO, Santiago, *Memorias*, Planeta, Barcelona, 1993, pp. 286-298; TAGÜEÑA LACORTE, Manuel, *Testimonio de dos guerras*, Planeta, Barcelona, 2005 (1ª. ed. en ediciones Oasis, México, 1973), pp. 284-303; una perspectiva de los acontecimientos a través de las crónicas de la prensa de los vencedores, VILANOVA, Francesc, «El derrumbe. Los últimos días de la República en Cataluña (febrero de 1939)», *Historia del Presente*, n.º 12, 2008, pp. 5-18. En esos mismos momentos y, después, en informes escritos por los dirigentes máximos del PCE, se expresan opiniones críticas con la resistencia desempeñada por los comunistas catalanes y su partido, el PSUC. Véase, a modo de ejemplo, uno escrito a los pocos meses de estos aconteci-

- mientos, el «*informe de Uribe*» (Vicente), de mayo 1939, en el AHPCE, sección *Dirigentes*, caja 33, dedicado al final de la guerra desde el año 1938.
- ³ TAGÜENA, *Testimonio...*, pp. 305-310.
- ⁴ «Reunión de la delegación del Buró Político», Toulouse, 19 de febrero de 1939, *Documentos PCE*, carpeta 20.
- ⁵ Más adelante, en el exilio, el PCE se presentaría como el único partido que hizo frente a la Junta de Casado. La realidad es que dicho enfrentamiento sólo se dio en Madrid, y ello a pesar de la dirección comunista nacional.
- ⁶ AHPCE, *Dirigentes*, caja 7, «Informe del camarada Checa sobre los acontecimientos en España desde el 1 de marzo hasta el 24 del mismo mes de 1939», redactado el 2 de junio de 1939, p. 21.
- ⁷ IBÁRRURI, Dolores *Memorias de Pasionaria. 1939-1977. Me faltaba España*, Barcelona, Planeta, 1984, p. 17; FALCÓN, Irene, *Asalto a los cielos. Mi vida junto a Pasionaria*, Madrid, Temas de Hoy, 1996, pp. 175-181.
- ⁸ «Informe del camarada Checa...», pp. 18-24, cit.; TAGÜENA, *Testimonio...*, pp. 314-324; IBÁRRURI, *Memorias...*, pp. 17-18.
- ⁹ «Informe del camarada Checa...», pp. 40-43, cit. HERNÁNDEZ, Jesús, *Yo, ministro de Stalin*, ed. Nos, Madrid, 1954, pp. 295-301, es el que ofrece la lista de viajeros, pero sitúa la fecha de salida en un improbable día 28 de marzo. No está de más añadir que, según este libro, todo el trabajo preparatorio de la evacuación fue obra suya.
- ¹⁰ RUBIO GARCÍA MINA, Javier, *La emigración de la Guerra Civil de 1936-1939*, Tomo I, p. 109. La cifra se refiere a los cuatro primeros meses del año 1939.
- ¹¹ *Ibidem*, p. 305.
- ¹² DREYFUS-ARMAND, Geneviève, *El exilio de los republicanos españoles en Francia. De la Guerra Civil a la muerte de Franco*, Barcelona, Crítica, 2000, pp. 59.
- ¹³ DREYFUS-ARMAND, Geneviève, «L'accueil des républicains espagnols en France: entre exclusion et utilisation, 1936-1940», *MATERIAUX pour l'histoire de notre temps*, 44, (oct.-dec., 1996), p. 41. Véase igualmente las obras citadas de esta autora, de Javier Rubio y los relatos de sus diez meses de internamiento de FERRER, Eulalio, *Entre alambradas*, Barcelona, Grijalbo, 1988 y *Páginas del exilio*, Madrid, Taurus, 1999. Un trabajo dedicado a la actividad cultural de los refugiados, su llamada «prensa de la arena» en especial, en *Plages d'exil: les camps de réfugiés espagnols en France, 1939*. Coordination, Jean-Claude Villegas; préface de Jorge Semprún; présentation de Pierre Vilar, Dijon, 1989. Hubo una corriente migratoria importante hacia el norte de África por vía marítima, muy nutrida, especialmente en los últimos meses de la guerra, por ser la única existente, excluida la aérea, muy restringida como se ha visto. La «salida africana» ha sido estudiada, sobre todo, por Juan B, VILAR. V. Su última contribución, donde aporta su amplia bibliografía sobre el asunto, «El exilio español de 1939 en el norte de África», *Historia del Presente*, n.º 12 (2008-2), pp. 19-42. Habría que revisar los nombres de los dirigentes comunistas llegados a Orán en el sentido que hemos referido más arriba. Las condiciones que atravesó la mayoría de españoles refugiados en esta zona, es decir, excluidos los prominentes, no tienen nada que envidiar a las soportadas por sus compatriotas en los campos del sudeste de Francia.
- ¹⁴ «Pronto salió la caravana hacia Perpignan, lo más deprisa posible, teniendo en cuenta la enorme masa de refugiados... que llenaban todos los caminos y carreteras de la región... Mi chófer consiguió casi todo el tiempo ir pegado al auto de Modesto... Sólo tuvimos un momento difícil cuando nos desviaron hacia el campo de Argèles-sur-Mer, pero logramos convencer a los gendarmes que nos permitieran salir de allí», TAGÜENA, *Testimonio...*, p. 304.
- ¹⁵ AHPCE, *Documentos PCE*, carp. 20, «Cuadros del Partido que se encuentran en Francia», s. f.

- ¹⁶ CLAUDÍN, Fernando, *Santiago Carrillo. Crónica de un secretario general*, Barcelona, Planeta, 1983, p. 63; CARRILLO, *Memorias...*, pp. 316-320.
- ¹⁷ Se cita una, celebrada el 12 de marzo de la que no hay actas. V. ESTRUCH, *El PCE...*, p. 11; MORÁN, *Miseria...*, p. 22.
- ¹⁸ Cuestión esencial en la política del partido, aunque elaborada en líneas muy generales. Se prepararon planes, a veces contradictorios, difíciles de poner en práctica. No la abordamos expresamente en este texto.
- ¹⁹ En los meses de marzo a mayo se redactan algunos informes, sin fecha ni autor, que tratan las cuestiones del pasado reciente y los planes de futuro, atribuidos a Togliatti, a Pedro Checa o a otros. AHPCE, *Documentos PCE* carpeta 20. Hay asimismo informes en el mismo sentido del PSUC, atribuidos a su secretario general Comorera. Este partido celebró una madrugadora reunión de su comité ejecutivo para analizar y exculpar su política del final de la guerra en el llamado «Comité de Amberes». V. ESTRUCH, *El PCE...*, p. 8; MORÁN, *Miseria...*, p. 26; HEINE, Harmut, *La oposición política al franquismo. De 1939 a 1952*, Barcelona, Crítica, 1983, p. 86.
- ²⁰ DREYFUS, *El exilio...*, p. 369 (nota).
- ²¹ AHPCE, *Documentos PCE*, carpeta 20, «Actividades del partido en el extranjero después de la derrota», p. 4, s. f.
- ²² *Ib.*, «Informe» de «Checa, mayo 1939», (a mano).
- ²³ ASENJO, Mariano y RAMOS, Victoria, *Malagón. Autobiografía de un falsificador*, Barcelona, El viejo topo, 1999, pp. 84. Según PIKE, D. W., *Jours de gloire, jours de honte: le PCE en France depuis son arrivée en 1939 jusqu'à son départ en 1950*, Paris, 1984, p. 33, Nieto se denominaba «director de los campos de concentración de la región de Toulouse».
- ²⁴ DREYFUS, *El exilio...*, p. 93.
- ²⁵ AHPCE, *Documentos PCE*, carpeta 20, «El problema de los refugiados», 14 de mayo de 1939.
- ²⁶ RUBIO, Javier, «Le Parti communiste d'Espagne en exil dans l'inmediate après-guerre civile (1939-1941)», *MATERIAUX pour l'histoire de notre temps*, n.º 3-4 (1985), p. 95.
- ²⁷ MIJE, Antonio, *Los refugiados republicanos españoles en Francia y la solidaridad americana*, Ed. Morelos, México D. F., 1940, en AHPCE, *Dirigentes*, caja 24.
- ²⁸ DEL VALLE, José María, *Las instituciones de la República española en el exilio*, París, Ruedo Ibérico, 1976, pp. 18-31; AHPCE, *Documentos PCE*, carpeta 20, mayo de 1939, «Informe», atribuido a Checa, donde se acentúa en exceso la firmeza del PCE frente a otros grupos.
- ²⁹ FERRER, *Páginas...*, p. 85. El gobierno del dictador Trujillo impidió desembarcar a los viajeros que acabaron en México, después de 41 días de viaje.
- ³⁰ RUBIO, *La emigración...*, pp. 114-194.
- ³¹ AZCÁRATE, Manuel, *Derrotas y esperanzas. La República, la Guerra Civil y la Resistencia*, Barcelona, Tusquets, 1994, p. 189. Con su padre, Manuel visitó el campo de Argèles. Curiosamente, como luego se verá, Manuel Azcárate no logró salir de Francia durante la guerra mundial. Se convirtió en uno de los pilares de la resistencia comunista junto a Jesús Monzón.
- ³² MATEOS, Abdón, «El Gobierno Negrín en el exilio: el Servicio de Evacuación de Refugiados», *Historia del Presente*, n.º 10 (2007), p. 145.
- ³³ AHPCE, *Documentos PCE*, carpeta 20, «El problema de los refugiados», 14 de mayo de 1939.
- ³⁴ AHPCE, *Dirigentes*, caja 7, carta a «Querido Pepe», considerada con «Informe Checa», de 18 de agosto de 1939.
- ³⁵ AHPCE, *Documentos PCE*, carpeta 20: «Partit socialista unificat de Catalunya. Comité Exe-

- cutiu. Circular». Registrada con cuño en ruso, el 7 de junio de 1939, debió ser escrita meses antes.
- ³⁶ AHPCE, *Dirigentes*, caja 24, «Carta de A. Mije y F. Montiel a la Diputación Permanente», *Voz de los Españoles*, sábado, 12 de agosto de 1939.
- ³⁷ PIKE, D. W., *Jours...*, p. 90; ESTRUCH, J., *El PCE...*, Siglo XXI, Madrid, 1982, p. 11; MORÁN, *Miseria...*, pp. 20-21. Aunque los tres citan a Jesús Hernández, éste, según su testimonio, no estaba en Francia por estos meses, sino en Argelia.
- ³⁸ AHPCE, *Documentos PCE*, caja 20, «Informe». «Checa, mayo 1939», escrito a mano, pp. 3 y 13.
- ³⁹ AHPCE, *Documentos PCE*, caja 20, «El Problema de los refugiados» documento de dos páginas incluido en un llamado «Memorandum de Comorera, 20 de mayo de 1939», escrito en castellano, redactado por representantes de ambos partidos.
- ⁴⁰ TAGÜENA, M., *Testimonio...*, pp. 336-340. Según MORÁN, *Miseria...*, p. 28, la cifra de españoles incluyendo los que viajaron antes de finalizar la guerra era de 1.248; a ellos se sumarían los 2.895 niños.
- ⁴¹ Éste es el caso de Jesús Hernández, que pasó dos meses en Orán desde su salida de España, según relata en *Yo, ministro de Stalin*, pp. 295-301, o el de Fernando Claudín que llegó a Moscú con su esposa en mayo. Los liberados de Argelia eran recibidos en Marsella por Irene Falcón, comisionada del buró político para la tarea, que los recibía y proveía de documentación para su viaje sin demora a la Unión Soviética, FALCÓN, I., *Asalto...*, p. 186.
- ⁴² MORÁN, *Miseria...*, pp. 24-27.
- ⁴³ ELORZA, Antonio y BIZCARRONDO, Marta, *Queridos camaradas. La Internacional Comunista y España, 1919-1939*, Planeta, Barcelona, 1999, pp. 437-443, a los que sigo en este párrafo, incluso en la referencia musical entrecomillada.
- ⁴⁴ TAGÜENA, *Testimonio...*, pp. 359-361; AZCÁRATE, M., *Derrotas...*, p. 195; CARRILLO, S., *Memorias...*, p. 312. Ambos dirigentes juveniles formaban parte de la delegación comunista española junto don el primero.
- ⁴⁵ AHPCE, *Documentos PCE*, carpeta 20, «La organización del trabajo ilegal», folio 3 en «Memorandum de Comorera, 20 de mayo de 1939».
- ⁴⁶ AHPCE, *Dirigentes*, caja 7, documentación de Pedro Checa. Se trata de unas notas manuscritas, probablemente tomadas en una reunión «del Secº.» (¿Secretariado?) de la Internacional «de 19. VI, 39» (1939) celebrada en Moscú con la asistencia de otros dirigentes, señalados por sus iniciales.
- ⁴⁷ AHPCE, *Dirigentes*, caja 33, carta de Vicente Uribe de 29 de junio de 1945.
- ⁴⁸ RUBIO, J., *La emigración...*, p. 137.
- ⁴⁹ AHPCE, *Documentos PCE*, carpeta 20, «Informe»; a mano se aclara, de «Checa, mayo 1939».
- ⁵⁰ ELORZA... *Queridos...*, p. 441. «El ataque principal será dirigido contra trotskistas del POUM, la FAI y socialistas trotskistas organizadores del golpe de Casado, enemigos abiertos de la unidad, agentes del fascismo en el seno de la clase obrera», AHPCE, *Documentos PCE*, carpeta 20, «Proyecto de Resolución», abril de 1939.
- ⁵¹ RUBIO, *La emigración...*, pp. 170-181.
- ⁵² AHPCE, *Documentos PCE*, documento estadístico mecanografiado, sin título, con fecha al final de 1 de febrero de 1940.
- ⁵³ SÁNCHEZ VÁZQUEZ, Adolfo, «Recordando al Sinaia», en *Recuerdos y reflexiones del exilio*, GEXEL, Barcelona, 1997, pp. 35-40.
- ⁵⁴ SINAIA. *Diario de la primera expedición de republicanos españoles a México*, FCE, Madrid, 1999, con textos de Fernando Serrano Migallón y Adolfo Sánchez Vázquez. Los datos del pasaje tomados del documento estadístico del PCE más arriba citado.

- ⁵⁵ «...pueblo libre de México/como en otro tiempo por la mar salada/te va un río español de sangre roja,/de generosa sangre desbordada/Pero eres tú esta vez quien nos conquistas/y para siempre, ¡Oh vieja y nueva España!», SIMÓN, Ada y CALLE, Emilio, *Los barcos del exilio*, Madrid, Oberón, 2005, pp. 92-93.
- ⁵⁶ Los dirigentes comunistas Uribe y Mije fueron confinados y deportados fuera de París, a partir del 10 de septiembre, según carta de Mije a Pablo Azcárate, desde Orleans, 7 de octubre de 1939, fondo AZCÁRATE, AMAE, cit. en MATEOS, A., «El Gobierno...», p. 166 (nota).
- ⁵⁷ MORÁN, *Miseria...*, p. 21.
- ⁵⁸ TAGÜEÑA, *Testimonio...*, pp. 365-390.
- ⁵⁹ ASENJO-RAMOS..., *Malagón...*, p. 141.
- ⁶⁰ AZCÁRATE, M., *Derrotas...*, p. 202. Subrayado en el original.
- ⁶¹ AHPCE, *Caja 102, Emigración Política, México*, «Informe sobre el trabajo y la situación de la dirección del Partido Comunista de España en México», 3 de diciembre de 1941, por «Marta».